

SAN JUAN MACÍAS: PADRE DE LOS POBRES

(Catedral de Badajoz, 28 de septiembre de 2025)

Querido hermano Deán de esta S.I.C de Badajoz y demás miembros del Cabildo catedralicio; queridos sacerdotes concelebrantes; autoridades civiles y militares; hermanas del Hogar de Nazaret, tan vinculadas a la causa de San Juan Macías, a través de Don Luis Zambrano y la entonces Directora general María Grajera, y que lo tienen como patrono de sus obras sociales; queridos hermanos y hermanas del Perú que nos estáis siguiendo por los medios de comunicación del arzobispado; hermanos y hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

Con esta celebración eucarística en nuestra Iglesia Catedral Metropolitana culminan los actos programados por nuestra Archidiócesis con motivo del 50 aniversario de la canonización de San Juan Macías, nacido en nuestra tierra extremeña, más concretamente en Ribera del Fresno. Un religioso dominico que como Jesús, pasó “haciendo el bien” (cf. *Hch* 10, 38) en nuestra tierra y, especialmente, en la tierra hermana de Perú, desde la que voló al cielo. Vivió para ser portavoz de la Buena Noticia para todos, principalmente se sentía llamado a anunciarla a los pobres y marginados, hasta ser contado entre los grandes evangelizadores que surcaron los mares para anunciar el Evangelio en el Nuevo Mundo.

Juan, nació en una familia pobre hijo de Pedro Arcas y de Inés Sánchez. Por ser pobre, saboreó ya en la tierra la promesa del Señor: “Bienaventurados los pobres” (Mt 5, 3; Lc 6, 20) y la pobreza lo hizo rico. Y por ser pobre, pobre de solemnidad, Juan hizo del trabajo el medio de sustento. La pobreza fue su horizonte vital. Desde niño y durante muchos años fue pastor de ovejas y cuidador de cerdos. Ya en Perú, como Dominico, hizo del trabajo un servicio a los necesitados de pan y del Evangelio. De la portería del convento de la Magdalena, donde estuvo casi toda su vida como dominico, hizo su cátedra, predicando el Evangelio a todos, particularmente a los pobres, sin olvidar a los señores de la ciudad a los que no dejaba de invitar a hacer justicia con los más desfavorecidos, y la mesa en la que alimentaba a los pobres. La portería fue también su púlpito desde el que denunciaba toda clase de injusticias. Nunca hizo acepción de personas, pues se sintió enviado a anunciar el evangelio a todos, figurando como uno de los grandes evangelizadores del nuevo mundo.

Juan nació en una familia pobre, pero profundamente religiosa. Fue en la familia donde aprendió el arte de la contemplación y de la oración, así como su profunda devoción a la Virgen. La familia fue para Juan una verdadera escuela de vida cristiana y humana. Desde la experiencia como pastor y luego en familia, Juan fue un gran contemplativo. Todo le servía para encontrar a Dios, especialmente la creación, pues era bien consciente que del altísimo trae significación (cf. San Francisco de Asís). En la oración hablaba familiarmente con Dios y en la vida tenía gran familiaridad también con las Sagradas Escrituras, sin que nada de ello le apartase del contacto con la realidad que leía e interpretaba a la luz del Evangelio. Esto hizo que en su vida encarnase la figura de Marta, la mujer del servicio, y María, la mujer de la escucha y de la contemplación.

Juan Macías fue un hombre descentrado del yo y anclado en el tú, primero en el Tú de Dios, y luego en el tú de los hermanos, particularmente en el tú de los pobres, hasta ser llamado como “padre de los pobres”. Desde ahí podemos entender bien el milagro del arroz que realizó en Olivenza en favor de los pobres que no tenían que comer: “¡Ay Beato, y los pobres sin comer!”, gritó la hermana Leandra Rebollo. Y el arroz no se agotaba, hasta que Don Luis Zambrano dijo con autoridad: “¡Basta!”.

¡Cómo nos recuerda la figura de la viuda de Sarepta, Fenicia, que alojó al profeta Elías durante una gran sequía en Israel. A pesar de su extrema pobreza la viuda compartió lo poco que tenía con el profeta y la harina y el aceite no se acabaron durante la sequía (cf. *1R 17, 8-24*). Es el milagro de la comunión de bienes, el milagro de la solidaridad. A Dios nadie le gana en generosidad, y es “dando como se recibe” (San Francisco de Asís).

Por el contrario como nos lo recuerda el texto evangélico de este domingo, la “parábola de la indiferencia y de la insensibilidad”, más conocida como la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro (cf. *Lc 16, 19-31*), la indiferencia hacia los demás nos encierra en una burbuja de soledad, nos hace ajenos a todo y a todos. La indiferencia nos hace sentir que los demás no existen, que los demás no tienen importancia, nos hace insolidarios con los problemas y dolores de los demás. La indiferencia nos hace “insensibles”. Y la insensibilidad es una de las señales de que uno está muerto por dentro, por muy suculentemente que comamos y bebamos.

El rico de la parábola estaba encerrado en su egoísmo y despilfarraba lo que otro necesitaba, dejando que el pobre soportara hambre y dolor. Lo que Jesús reprueba en esta parábola no es que Epulón sea rico, sino su incapacidad para ser compasivo. Lo que Jesús reprueba es la actitud egoísta y abusiva del rico que no fue capaz de compartir, ni de preocuparse por el pobre Lázaro, lo único que le interesaba era su propio bienestar. El verdadero problema del rico “Epulón era que por dentro estaba muerto. Su corazón no tenía sensibilidad. Su corazón no tenía sentimientos. Su corazón era incapaz de reaccionar “ni aunque un muerto resucite”.

Esta actitud, esta manera de vivir es el reflejo de muchas personas hoy en día: sólo piensan en ellas mismas. ¡Cuánta gente tiene por meta en la vida lucir una figura fenomenal, hacer dinero y gozar de todos los placeres! Nunca tienen tiempo para orar, para conocer su fe, para convivir con su familia o para hacer algo en favor de los demás, pero siempre encuentra horas para hacer negocios, aunque sean “ilícitos”, o gastar el tiempo delante de las redes sociales. Nunca tienen dinero para colaborar con alguna obra de caridad, pero sí lo tiene cuando se trata de comprar y divertirse. De esta manera, como el rico de la parábola, están arriesgándose a ser infelices por toda la eternidad ¡Qué pésima inversión! ¿Cuál es el error? Ser egoístas, ser indiferentes. La indiferencia y la insensibilidad no nos impiden ver la realidad, pero sí pone anestesia en nuestro corazón para no sentir nada ante tantas heridas de los que sufren en su cuerpo o en su espíritu.

Celebrando la fiesta del “padre de los pobres”, nuestro paisano san Juan Macías, se nos invita a no cerrar nuestro corazón y nuestros ojos a los problemas de los demás, porque entonces nos estaremos cerrando a gozar de la felicidad de Dios y de la alegría que hay en dar). Porque sí: hay más alegría en dar que en recibir” (*Hch 20, 35*). Que esta fiesta despierte nuestra generosidad para con los pobres, que todos vivamos anclados en el tú de Dios y de los hermanos y no dando culto al propio yo que nos aparta tanto de Dios como de los hermanos. Que esta celebración despierte también en las familias de nuestra Iglesia su responsabilidad en la transmisión de la fe a sus hijos. Que la intercesión de San Juan Macías nos alcance del Señor la gracia para nuestra de Mérida-Badajoz de ser una Iglesia en salida, una iglesia misionera. *Fiat, fiat, amen, amen.*